

ILUSTRACIÓN: EDUARDO MIRAFUENTES

---

# Roberto Segre

Rodolfo Santa María

---

DEPARTAMENTO DE MÉTODOS Y SISTEMAS  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD XOCHIMILCO

En solo unos días se cumplirá un año de la muerte de Roberto Segre, absurda y arbitrariamente arrollado por un motociclista, mientras hacía su caminata cotidiana en Niteroi (Río de Janeiro, Brasil).

Segre es para mi generación, y para muchas otras generaciones de arquitectos latinoamericanos, una referencia obligada, pues nos hizo reflexionar en las relaciones, ineludibles, entre la historia, la práctica profesional, la historia amplia, la sociedad, la economía y la política, y nos convidó a ver nuestras creaciones locales como parte de un universo mucho más amplio y rico: la arquitectura latinoamericana.

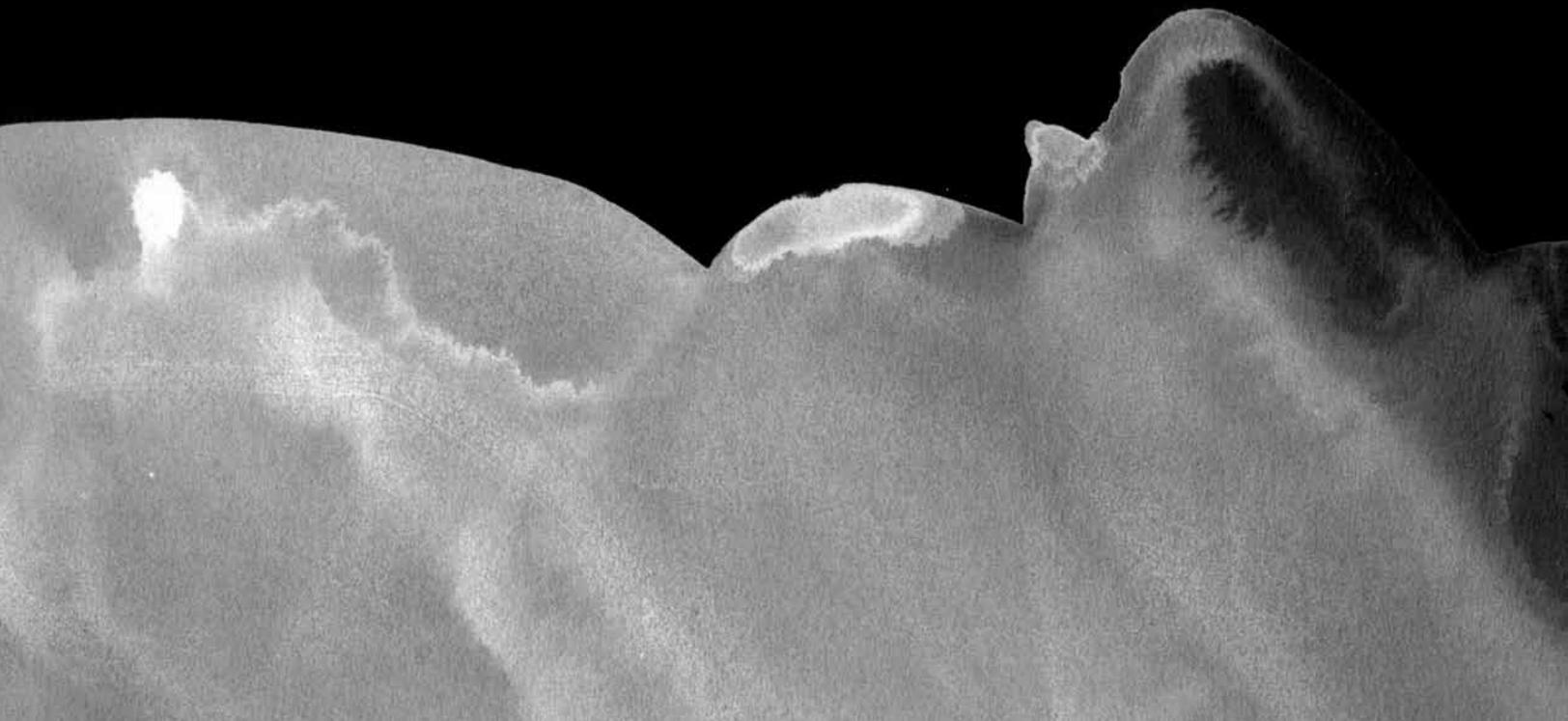
Desde México, cuando mencionamos el nombre de Roberto Segre, es casi imposible no pensar en los cambios que se produjeron en los salones de clases de la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA), del Instituto Politécnico Nacional, después del movimiento estudiantil de 1968, o durante la creación del autogobierno de la UNAM. En los fecundos procesos de entonces siempre sonaba como un eco (o bien, como “música” de fondo) su nombre.

Aquella, su primera época en la Cuba revolucionaria, nos impregnó a muchos. Las coincidencias con los postulados y promesas de la revolución cubana se traducían para nosotros, pobres aspirantes al ejercicio de una “práctica burguesa”, en otro camino posible, lo cual fue determinante. De esa época son sus artículos: “La arquitectura de la revolución cubana”, publicado en la *Revista de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba*, en marzo de 1968, y “Las transformaciones en el medio rural”, lo mismo que “Comunicación y participación social”, incluidos en el volumen *América Latina en su arquitectura*, editado

por la UNESCO, en 1975. Al respecto, Segre hizo las veces de relator de las reuniones realizadas en Lima (1967) y Buenos Aires (1969). Más tarde publicó *Diez años de arquitectura en Cuba revolucionaria* (1979) y *La vivienda en Cuba en el siglo xx; República y Revolución* (1980), así como una buena cantidad de artículos que aparecieron en las revistas *Arquitectura Cuba* y *Arquitectura y Urbanismo*, en las cuales participó activamente como editor, articulista, y fotógrafo.

Sus textos fueron criticados desde su publicación—y sobre todo algunos años después—, acusándolo de ejercer un análisis a partir de una visión ideologizada, cercana al maniqueísmo. No obstante, y aun sin dejar de reconocer que esta crítica fue en muchos casos certera, tampoco podemos dejar de asentar que en las críticas de entonces encontramos una posición igualmente dicotómica y una molestia ante lo incómodas que resultaban las opiniones de aquel singular arquitecto, historiador y crítico. Pero tal vez lo más importante es que en aquellos textos los jóvenes encontrábamos llamadas de atención sobre otras maneras posibles de ver la arquitectura.

Sin pretender un análisis detallado de la producción de Segre, encontramos en el artículo “Comunicación y participación social”, un ensayo crítico sobre los procesos que explicaban, desde su particular punto de vista, la arquitectura latinoamericana. En esta misma línea, en 1986 aparece en México el libro *Tendencias arquitectónicas y caos urbano en América Latina*, escrito en colaboración con nuestro querido maestro Rafael López Rangel y, en 1999, su libro *América Latina, fin del milenio: raíces y perspectivas de su arquitectura*, publicado en La Habana. Todos ellos dentro de una línea que se opone a



la difusión acrítica de la obra de autores, por más latinoamericanos que sean.

Un capítulo que a mi juicio ocupa un lugar especial en la producción de Segre es el que se refiere al estudio de la arquitectura caribeña. En este renglón, nuestro autor dejó piezas memorables que llenaron un vacío inexcusable. En 1990, colaboró con Pancho Liernur en la obra colectiva *América Latina. Architettura, gli ultimi vent'anni*, mediante la cual buscaban informar al público europeo sobre el quehacer latinoamericano más reciente. Segre escribe aquí los capítulos: "I Caraibi: Portorico; Repubblica Dominicana", resultado de un proceso de investigación y análisis en donde encontramos a un estudioso sorprendido, maravillado y preocupado por vincular el análisis teórico con las obras concretas. Segre nos comparte también su "descubrimiento" de las edificaciones caribeñas en *Arquitectura antillana del siglo xx*, coeditado finalmente en 2003, entre la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá) y la editorial Arte y Literatura de La Habana. Anteriormente Concepción Vargas estuvo cerca de lograr la edición de este tomo en la UAM Xochimilco, de lo cual nos habríamos enorgullecido, mas hubo que conformarse sólo con que buena parte de tal material apareciera en *Arquitectura latinoamericana. Pensamiento y propuesta* (1991), coedición patrocinada también por nuestra casa de estudios.

Segre también fue un gran maestro de historia de la arquitectura. A poco de llegar a Cuba, en 1963, sustituyó a

Joaquín E. Weiss, importante especialista de la arquitectura colonial cubana, en la cátedra de historia que se impartía en la Facultad de Arquitectura de La Habana. Quienes tuvieron en suerte ser sus alumnos recuerdan con cariño y admiración sus clases, en donde hacía gala de su saber y exhibía, sesión tras sesión, partes de su gigante colección de "transparencias", las más de ellas basadas en fotografías tomadas directamente por él. Al respecto, le gustaba decir que sólo hablaba de las obras que conocía y ese contacto directo con las obras y esa capacidad tan suya de dejarse sorprender, es una de tantas cosas que lo hacía diferente. Como docente de historia Segre era capaz de desarrollar frente a sus estudiantes una síntesis integral del contexto en que se inscribía cada una de las obras por estudiar, acompañándolo de un análisis cuidadoso y detallado.

Su empeño cotidiano en las aulas estuvo siempre asociado a sus labores de investigador y de "escribano". Así, lo vemos redactando folletos sobre los temas de sus cursos, primero destinados a ser reproducidos en mimeógrafos artesanales, para más tarde reunir esos mismos materiales en libros como *Ciudad y territorio de América Latina* (publicado en 1982 por Electra Editrice de Milán) o bien, *Arquitectura y urbanismo modernos. Capitalismo y socialismo* (publicado en 1988 por la editorial Arte y Literatura en La Habana, y reeditado después en España). En los años recientes —y ya echando mano de las herramientas más actuales— estuvo preparando una serie de



**Segre es para mi generación, y para muchas otras generaciones de arquitectos latinoamericanos, una referencia obligada, pues nos hizo reflexionar en las relaciones, ineludibles, entre la historia, la práctica profesional, la historia amplia, la sociedad, la economía y la política, y nos convidó a ver nuestras creaciones locales como parte de un universo mucho más amplio y rico: la arquitectura latinoamericana.”**

materiales audiovisuales sobre La Habana, Río de Janeiro y Buenos Aires.

En su trabajo sobre las arquitecturas del pasado, Segre siempre dio crédito a sus grandes maestros italianos, Bruno Zevi, Giulio Carlo Argán, Gillo Dorfles, Leonardo Benevolo y Manfredo Tafuri, en muchos casos retomando sus enseñanzas, aunque también refutándolos, ya durante sus clases o mediante su obra escrita.

Durante largos años Segre fue mucho más benevolente con las arquitecturas del pasado que con aquella más cercana en el tiempo. Aún recordamos sus críticas lacerantes e injustas para con la obra de Ricardo Porro en Cuba y, en particular, las dirigidas contra las Escuelas Nacionales de Arte; aparejadas también con su actitud casi proselitista frente a algunas obras de las primeras etapas de la revolución cubana y, más tarde, su apoyo—incomprensible para muchos de nosotros— a algunas obras y arquitectos cubanos “posmodernos”, que aparecieron en las calles de La Habana a finales del siglo xx.

El último capítulo de su biografía está vinculado con su traslado al Brasil. Verlo en esta etapa fue asistir a una suerte de renacimiento. Volvieron la vitalidad, la enjundia y el entusiasmo, acompañados de esa luminosa neurosis que nunca lo abandonó. Yo diría que Río de Janeiro le permitió ver América Latina desde otro punto de observación, mucho más abierto y libre. Se acercó a los miembros del Seminario de Arquitectura Latinoamericana (SAL), otrora vilipendiados

por él, y el encuentro estuvo lleno de momentos felices, sin descartar, por supuesto, las situaciones difíciles. Con Segre no podía ser de otra manera. Pero Brasil parece haberle inyectado fuertes dosis de vida, ya que en los últimos años nos llenó de libros, artículos y correos electrónicos, en donde volvimos a reencontrar al Segre maravillado ante los más variados descubrimientos.

Siempre resultará parcial lo que se reseñe de esta etapa, sin embargo, no podemos dejar de recomendar libros como *Arquitectura brasileña contemporánea*, presentado por Oscar Niemeyer y editado por Viana & Mosley (Río de Janeiro, 2004), y su muy difundido, *Jóvenes arquitectos* (Viana & Mosley y CAUE, 2004); así como *Casas Brasileiras* (2006), *Museus Brasileiros*, (2010) y, muy particularmente, el excelente texto *Ministerio da Educação e Saúde. Ícone urbano da Modernidade Carioca (1935-1945)*, editado en São Paulo por Romano Guerra, y apareció sólo unos meses después de la muerte de nuestro personaje. Este es un libro al que Segre dedicó muchos años de investigación y en el que participaron muchos otros y otras en un esfuerzo colectivo muy propio de nuestra América Latina.

No quiero terminar este recordatorio sin mencionar el excelente homenaje que le hizo Cuquito Moré en el número 47 de la revista AAA (*Archivos de Arquitectura Antillana*), a solo unos meses de su muerte.

Roberto Segre: Ya pasó casi un año y seguimos extrañándonos.